Los escritores españoles de hoy hablan sobre Blasco Ibáñez

Rafael Chirbes
Almudena Grandes
Joan Francesc Mira

Los textos que a continuación presentamos son extractos de algunas de las intervenciones de los participantes en la mesa redonda que se celebró en el marco del congreso internacional "*Vicente Blasco Ibáñez 1988-1998: la vuelta al mundo de un novelista*". Dada la variedad de los temas y el amplio número de intervinientes, hemos entresacado algunas de las apreciaciones de aquellos que manifiestan diversas experiencias biográficas en su encuentro con el autor.

• Transcripción de Javier Lluch.

RAFAEL CHIRBES

Leí por vez primera a Blasco Ibáñez con nueve o diez años. Quizá una de las pocas cosas –quizá la mejor, casi la única– que le puedo agradecer a Franco es que en los libros de formación del espíritu nacional venían textos de novelas. Yo estaba interno en un colegio en Ávila y leí un capítulo de *Platero y yo* y un fragmento de *Arroz y tartana*, en el que se describe el mercado en vísperas de Navidad. Yo estaba allí en una tierra de legumbres y de mojamas santas –no de mojamas de mar, sino de dedos de santa Teresa y corazones secos de relicarios– y, de repente, fue la primera vez en mi vida que sentí nostalgia de no ser de alguna parte, porque me di cuenta de que ya había empezado a dejar de serlo. Son esas cosas que intuyes desde muy pequeño: que ya no vas a volver a ser, como no lo he vuelto a ser nunca.

Uno de los temas de Blasco que a mí siempre me han interesado y que ha continuado en Max Aub es que Blasco está reflejando un mundo popular que habla en valenciano y lo hace en castellano. Creo que hay un punto ahí que me hace reflexionar, porque cuando los novelistas hablamos

de novelistas siempre pensamos que un novelista es bueno si me ayuda a seguir escribiendo. Un novelista es malo si no me aporta nada en lo que escribo. Uno de las reflexiones que me aporta Blasco es que escribe en una lengua distinta de la que hablan sus personajes, y tengo la impresión de que Blasco siempre está escribiendo para contar lo de dentro a los de fuera, es decir, cuenta para que la burguesía ilustrada sepa lo que está ocurriendo. Creo que ése es el mejor Blasco, el Blasco que está contando de alguna manera dos mundos entre los cuales forma un puente, o él se siente puente.

¿Cuál es para mí el peor Blasco? El de *La vuelta al mundo de un novelista*, cuando empieza a querer contar a los de dentro lo de fuera con el mismo ímpetu y la misma vanidad. Coge un barco, se va un crucero unos meses y dice: Bueno, ahora les voy a contar a ustedes este mundo de esplendor, de cosas raras. Ése es el Blasco que menos me interesa.

Uno de los ejes que aporta Blasco en ese momento de la literatura española es que como está contando a los demás no se cuenta a sí mismo y eso es quizá lo único que aparta un poco a Blasco de la Modernidad, mientras que los noventayochistas acaban contándose a sí mismos toda la historia y son autistas. En Blasco quizá echamos un poquito de menos el reforzamiento del punto de vista, no como mensaje social, sino como mirada en la que, a través de los otros personajes, la psicología del propio personaje se nos va revelando poco a poco. Para mí sería el único rasgo de Blasco que encuentro que no es moderno.

Por lo demás, volví a leer *Arroz y tartana* hace tres o cuatro años, por necesidades de trabajo, y me parece un libro espléndido, una gran novela. Puede tener una lectura en la que piensas que estás pasando por las distintas estaciones de una ciudad para ofrecernos sus acontecimientos y sus fiestas, y se está haciendo una novela del ascenso social verdaderamente como Balzac. Se puede decir que es un Balzac tardío, pero creo que no porque es una novela que tiene mucha energía. La misma que encontramos en *La horda*, donde puede observarse también que el protagonista cuenta muy poco, es un hilo apenas conductor; lo que está haciendo es una novela coral, bastante moderna, una novela de los distintos sectores que rodean Madrid y la novela es de los sectores, no del personaje, aunque tenga el hilo del personaje, lo que la hace una novela antecedente de un *Manhattan Transfer* o de todas esas novelas que tanto gustaron años después.

© Rafael Chirbes

ALMUDENA GRANDES

Lo primero que quiero decir es que a mí Blasco Ibáñez me cae muy simpático. Sin embargo, y a pesar de que puedo admitir sin ningún esfuerzo que realmente la gran novela de Blasco fue su vida, lo cierto es que tuve acceso a la vida de Blasco después de leerle, cuando tenía trece o catorce años, porque en la casa donde veraneábamos, que era de mi abuelo, había libros de Blasco. Y lo empecé a leer igual que empecé a leer a Galdós: porque había libros allí. Ya entonces me gustaron las mismas novelas que me gustan ahora. Las que gustaron a Hollywood a mí no me gustaron y creo que ahora tampoco me gustarían. En cambio, me gustan las novelas valencianas y los cuentos: *Arroz y tartana, La barraca, Cañas y barro, Entre naranjos*... Me parece lo mejor. Blasco es un escritor conflictivo. Quiero decir que es un escritor que no se cita, que es un escritor olvidado. Y creo que esto sucede por tres razones. La primera de ellas es una razón literaria que, en definitiva, es una razón extranarrativa: Blasco es un narrador poderoso, quizá descuidado en la forma, y tenía además una vida demasiado azarosa. Les recuerdo cómo escribió el cuento que fue el germen de *La barraca*: estaba escondido en una taberna porque su actividad de agitador republicano le había hecho esconderse de la policía. Esto es muy fascinante, pero es verdad; escribía a golpe de agitación. Creo que es un narrador poderoso con ese descuido que era más común en aquella época de lo que es en ésta y con una cierta tendencia a la truculencia, consecuencia de la convicción de que la literatura era un arma de agitación social, un arma de movilización de las masas. Blasco era, pues, un escritor poderoso y lo que pasa es que en España esta condición no forma parte de lo que se aprecia en un escritor. Si ustedes se fijan y leen las críticas que aparecen en los periódicos y los comentarios que se hacen de las novelas me entenderán bien.

El segundo problema que plantea Blasco respecto al canon es su vida, su personaje escritor. En

España, el debate entre vivir y escribir tiende a decantarse del lado de la escritura. Es un poco el debate entre los vividores y los letraheridos y Blasco era un vividor, comprometiéndose al máximo con la vida, particularmente en su vertiente política y, sin embargo, este compromiso pasa por detrás y lo que aflora es que era millonario, que le gustaban mucho las mujeres, que iba bien vestido, y esto es complicado porque hay una cierta tendencia a suponer que un buen escritor es un señor que lo pasa muy mal.

Por último, creo que Blasco también es un escritor conflictivo e injustamente tratado por la opinión pública en este momento por aquello de que las comparaciones son odiosas. En este país, cuando a alguien le van mal las cosas, en vez de suponer que le ha podido salir mal lo que hace, tiende a suponer que hay una conspiración montada contra él. Es como esa famosa frase de "Blasco sí vendía, pero el bueno era Valle-Inclán y no vendía". Da la impresión de que Blasco tuviera la culpa de que Valle-Inclán no vendiera y se utiliza a Blasco, su éxito, su fama y su estancia en Hollywood como un arma arrojadiza para defender la calidad de escritores que fueron menos afortunados en este sentido.

Por todos estos motivos, creo que se trata muy injustamente a Blasco Ibáñez y me parece que no nos podemos permitir su ausencia en la nómina de los novelistas españoles.

© Almudena Grandes

JOAN FRANCESC MIRA

No sé si la meua intervenció ací serà atípica o exòtica, i ho dic no únicament per raó de l'idioma, sinó perquè resulta ser que jo aquell món de les grans obres de Blasco, i sobretot el món de *La barraca*, que ara puntualment commemoren en el centenari a propòsit del qual estem ací, sí que l'he conegut per dins. Jo he nascut a l'horta de València, quaranta o quaranta un anys després de la publicació de *La barraca*, quan l'Horta estava en la plenitud de la seua existència tradicional tal com l'hauria d'haver conegut –perquè no la coneixia– el senyor Blasco Ibáñez; jo vaig nàixer en un món en el qual tenia les barraques al costat de casa; he viscut aquella vida tota la meua infància i adolescència, com he conegut directament la marjal de l'Albufera, i com he conegut per part de la família materna la vida de la Ribera, com he conegut *Cañas y barro*, com he conegut *Entre naranjos*. A més d'això sóc fill de pare blasquista: a casa meua hi havia una fotografia on estava don Vicente Blasco Ibáñez vestit amb una gel·laba marroquina que li arribava als genolls, i amb caputxa, i amb un lema al peu que posava: "Alá es grande y tú también lo fuiste, maestro". I als nou o deu anys el meu pare ja em feia llegir Blasco Ibáñez, em va fer llegir la primera obra, *La vuelta al mundo de un novelista*, però el meu pare devia tindre una idea del cànon literari molt particular, perquè als vuit anys em va fer llegir Quevedo, als nou o deu anys Blasco Ibáñez i als dotze jo ja estava en disposició de despatxar-me personalment els *Episodios nacionales* de don Benito Pérez Galdós. Conclusió: la meua relació és molt particular, ja que conec aquell món per dins i estic en condicions de dir algunes puntualitzacions respecte a la tesi –no dic la hipòtesi, perquè es considera una tesi– del caràcter realista, naturalista, retratista de Blasco Ibáñez o el caràcter arquetípic d'algunes de les seues descripcions i personatges. A la meua idea –si l'haguera de resumir només en una frase– seria que Blasco Ibáñez (deixant a banda la seua categoria de personatge històric i polític absolutament fascinant) és un magnífic narrador i un pèssim escriptor, i a mi l'escriptura en la literatura m'interessa moltíssim. És un magnífic narrador, en el sentit que les seues històries tenen una enorme potència, enganxen al lector, però la manera que té d'extremar les coses em fa dubtar de si la pretensió literària de Blasco era el realisme, si era retratar, reflectir, reproduir la realitat a través del text. I la meua sensació és que el seu realisme no és tal realisme, sinó una deformació d'aquella realitat. Jo crec que Blasco, des de la seua òptica de membre de la petita burgesia il·lustrada urbana el que fa és portar a extrems ideals una realitat que no coneix; ell pensa ingenuament que la coneix i, per tant, vol fer creure que les coses són tal com ell les conta, però resulta que no ho són en absolut. El món que ell està retratant és ideal; efectivament, a l'Horta de finals de segle passat i de principis del segle actual hi ha situacions d'enorme violència, però el món real no es pareix en res al que fa Blasco. Una altra qüestió és si sabia escriure o no.

© Joan Francesc Mira

I Premio de Periodismo "Vicente Blasco Ibáñez"

Con motivo del año Blasco Ibáñez, la Diputación de Valencia convocó el I Concurso Periodístico "Blasco Ibáñez". Se concedió el premio a Eduardo Alonso, ampliando a cuatro el número de accésits, que correspondieron a Eduardo Enguix, Francisco Pérez Puche, Rafael Roca y Vicente Sánchez-Biosca. Todos los artículos aparecieron publicados en la prensa española entre el 6 de octubre de 1997 y el 10 de diciembre de 1998.

Eduardo Alonso

BLASCO IBÁÑEZ. UNA VIDA DE NOVELA

A los 16 años se fugó de casa para conquistar en Madrid la gloria literaria. Vicente Blasco Ibáñez promovió motines, estuvo preso, se exilió, se batió a pistola, salió ileso de un atentado y fue seis veces diputado. A los 70 años de su muerte se celebran en Valencia homenajes sobre un escritor que triunfó en Hollywood y llegó a vender dos millones de ejemplares de algunas de sus novelas.

La primera imagen grabada en la memoria de Vicente Blasco Ibáñez fue el sótano donde estaba refugiado con su familia y *"los pájaros de fuego"* que cruzaban el aire: eran granadas de la Revolución de 1869 bombardeando Valencia. Tenía dos años. Quién sabe si esa remota experiencia nutrió la biografía de un agitador de masas y de un hombre de acción.

Había nacido el 27 de enero de 1867 en la calle de la Jabonería nueva, 8, en el barrio de los Velluters (Sederos), en el centro de la ciudad. Su padre era tendero oriundo de Teruel, al que le iba bien el negocio. El mundo del comercio, el entorno del mercado y la clase media burguesa son la materia narrativa de su primera novela valenciana: *Arroz y tartana* (1894). El título pertenece a una canción popular, pero se convierte en muletilla coloquial con el sentido de *"un quiero y no puedo"*, como le pesaba a la protagonista de la novela, endeudada hasta la ruina, que sin embargo aparenta nadar en la abundancia; o sea, en casa sólo se come arroz, pero hay tartana para pasear los domingos por la Alameda, como hacían las familias adineradas.

A los ocho años Blasco hizo sus primeros pinitos o palotes literarios. Pilar Tortosa nos informa de que leía incluso a escondidas de su madre, de noche, debajo de la cama, *"exponiéndome a pegarle fuego al edificio"*, libros de viaje, novelas de aventuras, folletines, todo lo que caía en sus manos: *La vida de Cristóbal Colón* de W. Irving, las novelas de filibusteros que publicaba Cabrerizo... Muchos años después proyectará esa infancia soñadora de aventuras en la de Ulises Ferragut que protagoniza *Mare Nostrum*. Sin duda dos cosas decidieron su vida y su modo de entender la novela, las dos ocupaciones más satisfactorias de su niñez, ambas prohibidas o semiclandestinas: de un lado la lectura, y como complemento a la obligada quietud y soledad del lector, el vagabundeo por las calles de Valencia –a veces a la hora de clase– y las correrías por la huerta o hasta la playa para, tumbado en la arena, mirar el cielo y el mar: *"El mar tiene un lenguaje que*

quisiera oír siempre". Así se fraguó su vocación viajera, su afán de ver mundo, su temperamento de hombre de acción. Y de lector voraz de libros viajeros, románticos y heroicos nació su afición a inventar historias por el placer de contar. Sin esa pulsión placentera y fabuladora sería inexplicable que hubiera escrito tanto. No sé qué novela escribió en dos meses, supongo que de una actividad febril. Tampoco era un muñidor de palabras, un estilista, alguien dispuesto a dar marcha atrás y recorrer lo ya andado. Pero nadie le negará su infatigable actividad de escritor, ya desde el instituto. Escribía como un descosido, uno tras otro, varios folletines de los que sólo nos quedan sus títulos misteriosos y heroicos: *El poder de la voz, La misa de media noche, La espada del Templario...* A los 13 años se estrena con letras de imprenta: publica su primera obra, *Carmen,* de 32 páginas. Fue el comienzo de una carrera de casi medio siglo en la que llegó a vender en los Estados Unidos dos millones de ejemplares de *Los cuatro jinetes de la Apocalipsis.* Cuando murió en 1928 sus obras estaban traducidas a dieciséis idiomas.

La otra afición infantil de zascandil y *flâneur* explica la inmersión de Blasco en el pueblo, su papel de agitador social y político, su compromiso como escritor. Bastaría una anécdota: el día que llegó hasta una alquería abandonada, por la parte del cementerio, la barraca medio en ruinas, la higuera mustia, la tierra sin cultivar. Un labrador se lo aclaró: *"Eran las tierras del tío Barret. Nadie quiere cultivarlas porque están malditas. El amo apareció degollado en la acequia. Un hombre debió morir en el penal de Mahón"*. Las novelas valencianas de Blasco se sustentan en verdades vitales de su autor. Veinte años después de aquella escapada infantil escribiría *La barraca,* novela de la *Tierra maldita,* como se tradujo al francés.

A los dieciséis años Blasco se escapó con veinte duros a Madrid a colocar un novelón y lograr el éxito, tan imposible en aquella Valencia provinciana de 150.000 habitantesque hacía dos décadas había derribado el anillo de murallas medievales. En un café dio con el medio ciego y demenciado Manuel Fernández y González, autor de más de 300 folletines. El muchacho iba por las tardes a casa del popular novelista, copiaba al dictado, luego, aprendiz y maestro, salían a cenar un filete con patatas fritas y hacían tertulia hasta media noche, y luego volvían a casa y trabajaban hasta el amanecer. El folletinista se adormilaba y encargaba al chico acabar el capítulo. Una tarde no apareció: lo habían detenido por dar un mitin revolucionario. Su madre lo devolvió a casa de las orejas.

"Vicente, que tienes que ser notario", insistía su madre, que tenía temperamento mandón de alcalde. Pero por la Universidad iba sólo a examinarse y cuando había alguna algarada de protesta. Escribía para *El Correo* relatos románticos y tremendos folletines. Y daba mítines por los pueblos en favor de la República con un fervor y una oratoria tan florida que llenaba los locales y arrancaba el entusiasmo. Estaba sembrando *el blanquismo*, un movimiento populista dispuesto a echarse a la calle movido por la palabra talismán –República–. Antimonárquico, anticlerical, antimilitarista: contrario a la guerra de Cuba, Blasco se sentía el Dantón valenciano. Por unos disturbios contra el gobierno de Cánovas tuvo que escapar a París (1890), donde con 300 francos mensuales que le enviaban de casa era todo un potentado entre la bohemia golfante del Barrio latino, puesto que una comilona costaba 1,50. Regresó decidido a ser el Víctor Hugo de España y otro Zola, con su misma estética de novelista y su actitud de compromiso literario. Así, con el título *La araña negra,* publicó un interminable folletón antijesuítico en 133 capítulos, que recogidos en un libro de ATE en 1975 ocupan 1.220 páginas de letra liliputiense. Para difundir su republicanismo y su crítica social, Blasco fundó el periódico *El Pueblo*, cuyo primer número salió el 12 de noviembre de 1894. En él gastó su herencia. Allí pasaba desde media tarde a la madrugada: hinchaba telegramas, redactaba el incendiario artículo de fondo, recibía a los correligionarios, escribía cuentos y las novelas valencianas que iba sacando en folletín. Su campaña en contra de Cuba –*¡O van todos, ricos y pobres, o nadie!*– fue la causa de motines populares y de su ingreso en la cárcel, durante un año, con cabeza rapada y uniforme de presidiario, hasta que lo indultaron. Sin saber manejar una pistola, intervino al menos en tres duelos. Tuvo *chamba:* en uno la bala le hirió en el muslo, en el otro –contra un teniente– la bala le rebotó en la hebilla del cinturón. Entre tanto, su partido valenciano se había partido en dos facciones que andaban a palos y cuchilladas. En 1905 Blasco salió vivo de un tiroteo de la facción rival.

Hacia 1905 se retira de la política y se va de Valencia, compra un

hotelito en Madrid, cerca de la Castellana, y escribe una novela tras de otra: el ciclo de novelas sociales que sitúa en el Toledo clerical *La catedral,* el Bilbao siderúrgico y jesuítico *El intruso,* la Andalucía de señoritos *La bodega,* el Madrid golfo *La borda,* y la Mallorca de nobles, judíos chuetas y aldeanas atlotàs *Los muertos mandan.* También creó la españolada taurina en *Sangre y arena,* que años después tendría una versión cinematográfica en Hollywood. La novela es la epopeya de los humildes, decía, heredero del Víctor Hugo de *Los miserables* y del Zola que denuncia los males sociales.

Un viaje de vacaciones a Vichy que iba a durar ocho días se alargó por toda Europa hasta Constantinopla, de donde salió un relato apasionante publicado en periódicos de Madrid, México y Buenos Aires.

Demasiado quieto en Madrid. En 1909 le invitan en Buenos Aires a dar unas conferencias. Entonces los escritores-espectáculo, los charlistas, llenaban los teatros. A Blasco le recibió en el muelle una multitud entusiasta que le acompañó hasta la Plaza de Mayo, entorpeciendo el paso del coche. Desde el balcón del hotel saluda y pronuncia una arenga, como un matador que brinda en el ruedo, como un tenor que *bisa* un aria, con algo de capuchino en el púlpito, de rey de los camelots, de poeta que improvisa, de sacamuelas...

Anatole France, escritor francés también conferenciante en Argentina, le llamó "el hombre-orquesta". Nueve meses de conferenciante, de triunfo en triunfo por Argentina, Paraguay y Chile. En Chile la prensa religiosa y reaccionaria movilizó manifestaciones callejeras contra el escritor blasfemo y revolucionario. Blasco les citó en un teatro. ¿Se vistió solemne y grave como un torero antes de la corrida? Nada de eso. Según su secretario, un periodista de Valencia, se rizó en frío y aderezó las guías del bigote, calzó los zapatos de charol, se puso el chaqué... y al escenario. Enérgico, viril, alzó el brazo frenético:

–Pueblo chileno: yo he venido a Chile en son de paz... La guerra que se me provoca es innoble, no propia de una raza valiente y agradecida como la vuestra, y sería negar que descendéis de aztecas y de godos (sic). Ha llegado ante vosotros el literato español, jamás el político y el revolucionario.

Al acabar la conferencia, la multitud se lanzó a la calle aclamándole y arremetiendo contra la prensa culpable. En su segundo viaje a Argentina, en 1910, decidió meterse a colonizador. ¿Por qué? El mismo Blasco lo explicó: "El ensueño de hacerme millonario, la perspectiva de mandar en un ejército de trabajadores, de crear lugares habitables en el desierto...". Se pertrechó de atuendo colonizador: compró polainas, leguíes, poncho, facón y revólver. Volvió a España y tras un viaje a París contrató arroceros de Sueca y huertanos expertos, y los llevó a la Patagonia, donde fundó una colonia a orillas del río Negro. La llamó Cervantes. Roturaron los campos y abrieron acequias de riego como la valencianas, levantaron casas de madera y albañilería. Era un lugar inhóspito, con invierno de aire gélido y dieciocho grados bajo cero. Aquello estaba en marcha y se comprometió a fundar otra colonia en la otra punta de Argentina, a cuatro días de viaje en tren, en Corrientes, frontera del Paraguay. La llamó *Nueva Valencia.* Iba y venía, de un sitio a otro, cambiando el traje patagón y la capucha de zorro para defenderse del frío polar, por el traje ligerito y poncho tropical. Y entre ida y vuelta unos días en el *Ritz* de Buenos Aires a cuerpo de rey. La crisis del año 14, las exigencias de los bancos y el cansancio pusieron fin a su aventura de capitalista y de colonizador. Y quizá tenía nostalgia de la literatura: llevaba cinco años sin coger la pluma. Vendió todo, pagó préstamos y salió *"¡casi sin un céntimo de un país donde tantos imbéciles han ganado millones!"*. Visitó las trincheras y defendió la causa de los aliados contra el militarismo alemán del 14. Una novela de guerra, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, le consagró en los Estados Unidos y le convirtió hasta su muerte en un escritor de fama mundial. Durante nueve meses recorrió aquel país dando conferencias casi a diario en aulas, teatros, logias, iglesias y salas de cine. Colaboraba en más de cien periódicos. El Congreso, puesto en pie, le aclamó. La universidad George Washington le nombró doctor en una sesión a la que acudieron 6.000 personas. Durante seis meses dio la vuelta al mundo con su mujer, siempre en el mejor camarote y en los mejores hoteles, de cuyo viaje escribió un grueso volumen que hoy se lee con gran interés. Los últimos años los pasó en su finca de Mentón, en un palacete que llamó *Fontana Rosa. "Soy rico, muy rico. Vivo espléndidamente. Tengo el mejor coche del mundo y me pienso comprar un 'yatch', que el mejor día regalaré a un amigo cualquiera"*.

Murió el 3 de enero de 1929, a las 3 y 10 de la tarde, tras un delirio que le llevó a musitar estas pa-

labras: *"¡Es Víctor Hugo! Que pase, que pase. Mi jardín..., mi jardín..."*. La marina española trajo su cadáver al Grao de Valencia en un acorazado de guerra, al que escoltaron desde Francia dos destructores franceses. Una multitud nunca reunida en Valencia tardó cuatro horas en recorrer los cuatro kilómetros del puerto al cementerio civil. *"Quiero que mi cuerpo se confunda con esta tierra de Valencia, que es el amor de mis amores"*.

SUPERVENTAS

La primera edición de *La Barraca* (1898) vendió 800 ejemplares y obtuvo 38 pesetas (a precios de hoy, menos de cien mil). Cuando se tradujo al francés –*Terres maudites*– recibió en París críticas tan favorables que contribuyeron al éxito del escritor valenciano. Desde principios de siglo, Blasco Ibáñez figuró siempre entre los escritores españoles que más vendían.

El éxito mundial le llegó con una novela sobre la guerra del 14: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916). En EE.UU. vendió 200.000 ejemplares en 5 semanas, y 2 millones en 5 años, a 1,90 dólares. Sin embargo, a Blasco no le llegaba ni un dólar pues había vendido a la traductora todos los derechos de la novela por 300 dólares. No obstante, el editor americano, compadecido del expolio, le extendió un cheque por 20.000. En el cine la novela fue protagonizada por el famoso Rodolfo Valentino.

Fue el acontecimiento de una lluvia de dinero. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* abrió el camino para otras novelas, de las que vendían en EE.UU. entre 100.000 y medio millón de ejemplares. Durante nueve meses Mister Ibanes recorrió todo el país contratado para dar conferencias. Le pagaron artículos de periódico a 1.000 dólares cada uno, como un millón de pesetas hoy. Vendió seis cuentos a 12.000 dólares y guiones de cine por 40.000. *"Soy rico, muy rico..."*

MUJERES

Los biógrafos no son muy explícitos sobre las mujeres que Blasco Ibáñez amó. El novelista Zamacois contó una confidencia de Blasco, según la cual *"había conocido a una cantante rusa de ópera, hermosa, fuerte y sádica, de elevada estatura y biceps de hierro, una verdadera amazona, celosa y agresiva* (azotaba cruelmente a una criadita), *de la que sus amantes tenían que defenderse a puñetazos. Cada posesión requería una escena ancestral de lucha y doma en la que luego los besos servían para restañar la sangre y los golpes"*. La primera mujer de Blasco Ibáñez fue María Blasco, con la que tuvo tres hijos. El distanciamiento entre ellos se hizo definitivo cuando él conoció a la señora de Elguín, Elena Ortúzar, Chita... Fue en 1905. La vio por primera vez en el estudio de Sorolla, con vestido blanco de noche y capa roja forrada de armiño. Era una chilena de formas opulentas y muy rica, esposa del agregado comercial de la Embajada. Luego ella le escribe desde París: *"Cher maître: ¿por qué no hace un viajecito a París? Los Campos Elíseos están deliciosos... À bientôt"*. Elena fue ya la compañera inseparable de su vida. Contrajo matrimonio con ella poco después de enviudar, en 1925.

Leer (junio 1998).

Salvador Enguix

BLASCO IBÁÑEZ UN ROMÁNTICO DESAFORADO

Blasco es un impresionante escritor primario-primigenio". Lo dice Josep Pla en el "homenot" que dedicó al novelista valenciano Vicente Blasco Ibáñez tras visitarlo en su lujoso retiro de Menton, en la Costa azul francesa. La cita resume con precisión la personalidad literaria de uno de los escritores más carismáticos y, al tiempo, complejos, de finales de siglo XIX. Blasco fue poliédrico, hiperactivo, de físico imponente, arriesgado hasta la temeridad, republicano y anticlerical, de perfil jacobino en su activismo político y que conoció la fortuna y el éxito hasta el olimpo del Hollywood en los años veinte. Sin embargo, y a pesar de su éxito como novelista –llegó a vender en EE.UU. dos millones de ejemplares de su obra *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*–, jamás fue aceptado por sus coetáneos de la generación del 98. Las razones le apartaron del "grupo" de los escritores de España poscolonial son aún hoy motivo de reflexión para una ciudad, Valencia, que ha querido celebrar en 1998 la efeméride del centenario de la publicación de *La barraca* con múltiples actividades y debates sobre las diferentes facetas del novelista.

A juicio de Andrés Trapiello, ensayista y escritor, autor de la serie "Generación 98" publicada en este Magazine contra Blasco Ibáñez sus contemporáneos sintieron desprecio hacia su literatura y envidia de su éxito. "Se le consideró burdo, demagogo, y les molestó su personalidad sanguínea", asegura Trapiello, quien añade que "Cuando a duras penas esos

escritores podían vivir vendiendo mil o dos mil ejemplares de sus obras, llegó Blasco, ese hombre grosero desde su perspectiva, con la fortuna en sus manos, y eso no se lo perdonaron".

Pío Baroja, en un artículo publicado en París en 1940, escribió que "sobre nosotros cayó Blasco Ibáñez como una bomba y enseguida pretendió dominar la conversación y decir la última palabra sobre todo". ¿Podía Blasco ser de otra forma? Nacido en Valencia en 1867, hijo de padres aragoneses, don Vicent, como era conocido entre sus vecinos, demostró desde muy joven una actitud arrolladora. Su carácter impulsivo y apasionado le llevo al enfrentamiento contra todo lo que le impedía lograr sus objetivos; aunque esto le supusiera batirse en duelo a espada o pistola, aporrearse con los jesuitas, caer en una mazmorra en muchas ocasiones o ser el escritor más censurado de su época."Era un romántico desaforado", señala Alfons Cucó, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Valencia y uno de los que mejor conocen la faceta política del escritor. Y añade que "quería, cien años después, otra revolución francesa".

Vicente Blasco Ibáñez fue un republicano de corte populista, socialista, para muchos un lerrouxista destacado que creyó que una revolución debía hacerse desde el pueblo. A él dirigió sus arengas, muy secundadas y masivas en Valencia, y desde esta idea se construyó una corriente, el blasquismo, que le permitió ser diputado en Madrid y cuyos efectos han perdurado hasta nuestros días. Al contrario que muchos compañeros de generación, Blasco unió a su republicanismo radical un marcado anticlericalismo, ejemplificado en su obra *La araña negra*. Y, como señala el escritor y periodista Gregorio Morán, su obsesión por la república le llevó a gastar dinero y esfuerzo para intentar derrumbar la dictadura de Primo de Rivera, en colaboración con Unamuno. Morán recuerda que una de sus ideas fue lanzar octavillas desde una avioneta con la confianza de que el pueblo, una vez las leyera, reaccionaría.

"Blasco fue un fenómeno sociocultural, no literario, que proporcionó a su gente una literatura a su nivel", recuerda Trapiello. Para Gregorio Morán, hay que matizar que la literatura de Blasco "fue digna", aunque es consciente de que "la mayoría de sus novelas envejecieron pronto". El diario *El Pueblo*, que él creó, fue el soporte de sus primeras obras, por entregas, del denominado "ciclo valenciano": *La barraca*, *Entre naranjos*, *Cañas y barro*, *Flor de otoño* o sus magníficos *Cuentos valencianos*. Para muchos, incluidos Pla, Morán y Trapiello, ésta fue su mejor etapa literaria. Después, su novelística se alejó, aún más, de la obra de los escritores del 98. El comisario del año Blasco Ibáñez, Manolo Bas, sostiene que "Blasco miró al Mediterráneo y al mundo, mientras sus contemporáneos idealizaron Castilla y la meseta". Pero si en algo coinciden todos es en que lo más interesante de Blasco Ibáñez fue, sencillamente, Blasco Ibáñez. Y es que este valenciano, un tanto hedonista e íntimo amigo de Joaquín Sorolla y Mariano Benlliure, tuvo una vida fascinante. Dio la vuelta al mundo, fundó una editorial y dos colonias, que fracasaron, en Argentina; recibió la Legión de Honor del gobierno francés: su atractivo le acercó a las damas más bellas de las época y sus obras se tradujeron a otros idiomas. Además obtuvo un éxito mundial a partir del traslado al celuloide de algunas de sus novelas como *Sangre y arena*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* o *Mare Nostrum*, cuyos derechos de autor cobró en miles de dólares de esa época. Pasó el final de su vida en su casa de Menton-Garavan, donde compartió tertulia con aristócratas, burgueses, escritores e incluso con Jaime de Borbón, pretendiente carlista de la corona. Murió en 1928, aunque sus restos mortales no fueron trasladados a Valencia hasta 1933. La recepción del féretro y traslado al cementerio de Valencia fue unos de los actos multitudinarios más importantes de la historia de esta ciudad. "Era un hombre absolutamente rodeado de gloria, no de una gloria académica, sino popular, dictada", señala Josep Pla en su "homenot". Tal vez por eso la mejor novela de Blaco Ibáñez fue, sencillamente, su propia vida.

Magazine de *La Vanguardia*,
12 de abril de 1998

Francisco Pérez Puche

BLASCO: DEL DESASTRE DE CUBA A LA BATALLA DEL GAS

1 de julio de 1898. Las tropas norteamericanas que han desembarcado en la playa cubana de Daiquiri reciben órdenes del general Shaffter y comienza el ataque sobre las posiciones españo-

las en Caney y las Lomas de San Juan. Por cada combatiente español hay diez norteamericanos.
Ese mismo día, en España, comienza el nuevo ejercicio fiscal. Y entran en vigor los nuevos impuestos. Los ha aprobado el gobierno progresista de Práxeles Mateo Sagasta, a propuesta de un ministro valenciano, López Puigver, que, como ya hiciera su antecesor en la cartera de Hacienda, el conservador y también valenciano, Juan Navarro Reverter, vivía sometido a una sola preocupación: llenar las arcas del Estado, exhaustas a causa de los insoportables gastos de la guerra colonial. El malhumor social se hizo evidente y el diputado Blasco Ibáñez no lo ocultó. Tasas e impuestos experimentaron un recargo del diez por ciento desde el 1 de julio, también los consumeros que controlaban todas las entradas de mercancías y alimentos en los puntos de acceso a la ciudad cobraron el diezmo añadido, con alto disgusto popular.
Cuando la derrota se hizo patente, se suspendieron las garantías constitucionales en toda España y la censura empezó a suministrar a pequeñas dosis la información referente a la rendición de los directores de prensa, tanto Llorente como Blasco Ibáñez. Poco después los impuestos ejercieron su influencia entre las tarifas. Y vinieron los aumentos de precios de algunos servicios esenciales.

SUBEN LOS PRECIOS

Lo que más dificultades propició fue el aumento de precio que en esta subida de los impuestos acordaron las fábricas de gas y electricidad de los herederos del Marqués de Campo y de Lebón, lo que motivó protestas de los consumidores y la idea de prescindir de "todo el alumbrado", anota con detalle el Almanaque de *Las Provincias*. Blasco Ibáñez, llevado por su razón política, se inflamaba. El aumento de las tarifas estaba lastimando las maltrechas economías de vecinos y comerciantes, industrias y todo aquél que usaba para la iluminación los aún imprescindibles mecheros de gas. Poco después, los herederos de Campo, con los nuevos costos derivados de los impuestos, se dirigieron al Ayuntamiento con la pretensión de cobrar el suministro del fluido para el alumbrado público.
Blasco Ibáñez recordó que José Campo Pérez Arpa, marqués de Campo, el hombre que había iniciado su vida política como concejal del Ayuntamiento de Valencia, amasó una inmensa fortuna en sus actividades ferroviarias, navieras, bancarias y financieras. Pero desde su palacio del centro de Madrid, desde sus oficinas situadas en el edificio de la plaza del Arzobispo que hoy es Museo de la Ciudad, Campo había tenido siempre una actitud muy comprensiva hacia la ciudad que le vio nacer. En 1871, por ejemplo, sus operarios, en un par de días, llevaron la canalización del gas hasta los quemadores de los farolillos, para que los valencianos se extasiaran ante las grandes iluminaciones públicas de la primera Feria de Julio. Campo no cobró por llevar el gas, aunque el Ayuntamiento le concedía el servicio por las calles por las que su tubo iba pasando. Listo en extremo, Campo nunca quiso cobrar al Ayuntamiento por el gas que se gastaba en los quemadores de las calles, encendidos puntualmente cada noche por sus faroleros.

HEREDEROS INSENSIBLES

El marqués de Campo, sin embargo, se había muerto en 1889. Y nueve años después, para desesperación del periodista y diputado Blasco Ibáñez, los herederos de su empresa, y singularmente el administrador, un francés de apellido Touchet y fama de desagradable, consideraron que había llegado el momento de hacer pagar al Ayuntamiento el gas que consumía para alumbrar las calles. La corporación exhibió el contrato firmado por Campo; Touchet lo rechazó de plano. Y ahora hace un siglo, en los días finales de julio de 1898, el conflicto se presentó con toda su crudeza. Tanta, que Blasco entró en acción y apostó firmemente por la ciudad.
Fueron meses de tensiones, pleitos y disgustos. Blasco, que pedía a gritos la República como solución a los males de España, observaba la esterilidad con que se intentaba la mediación del gobernador, de la Justicia, de los ministros de un Gobierno que estaba preocupado por la bancarrota nacional y por negociar con Estados Unidos una salida digna a la derrota en Cuba. En agosto, hartas de bravatas mutuas, las huestes municipales y las de Touchet se enzarzaron en una guerra política y jurídica. El ministro llamado a dirimir en la batalla era otro valenciano, Trinitario Ruiz Capdepón, un abogado de gran solera, oriundo de Orihuela. Pero su dictamen, tibio y descomprometido, gustó mucho al alcalde, el también liberal Francisco Martínez Bertomeu, que esperaba más energía contra Touchet. El alcalde dimitió. Su sucesor, José María Sáez, tuvo que rechazar la nueva demanda de la empresa: dar gas a la ciudad por 9.000 pesetas mensuales.

También algunos días, cerraba la llave de paso y dejaba la ciudad a oscuras obligando a los valencianos a volver al carburo, a las lámparas de petróleo, a las bujías y los ancestrales candiles de aceite... porque la imprevisión y la falta de presupuesto había hecho que las calles iluminadas por bombillas eléctricas públicas fueran aún una excepción más que una norma.

ÓPERA BUFA

El asunto del gas alcanzó ribetes de Ópera bufa: los mangas verdes municipales iban tras los faroleros de Touchet que... apagaban los faroles prendidos poco antes por empleados municipales. Una noche, los municipales detuvieron a 23 empleados del gas. Blasco, finalmente, decidió salir al paso de Touchet y desenmascararle. Además decidió hacerlo desafiando los férreos controles de la censura militar. A finales de octubre de 1898, el escritor está, con 31 años, en lo mejor de su empuje juvenil. En febrero había sostenido brillantemente su campaña en favor de Emilio Zola por el Caso Dreyfus; en abril fue elegido por vez primera diputado: entre mayo y julio escribió de la amarga derrota de Filipinas y Cuba, habló de ella en el Congreso, y señaló a la República como la solución mejor para todos los profundos males de España. Ahora, en este conflicto del gas, veía a su ciudad herida y al Ayuntamiento en bancarrota. Por eso, en un artículo, en su diario *El Pueblo*, denunció los manejos del administrador de la fábrica de gas de la familia Campo. Los militares le censuraron por completo el texto, escrito con tonos muy duros. Y es entonces cuando decidió publicarlo en una hoja aparte, desafiando a la censura.

Blasco jugó sus cartas más fuertes. Pese a que tenía abierto ya un sumario este año, siguió los pasos del director del diario madrileño *El Radical*, periodista y diputado como él: usar las garantías de su inmunidad parlamentaria como escudo protector.

Apenas le sirvieron de nada en Valencia: el 28 de octubre la autoridad militar se presentó en la redacción de *El Pueblo*, detuvo al regente del taller y a algunos obreros y se incautó del material impreso. Blasco fue detenido al día siguiente, 29 de octubre de 1898 y enviado a prisión.

Las Provincias,
25 de julio de 1998

Rafael Roca

TEODOR LLORENTE CARA A CARA BLASCO IBÁÑEZ

Enguany singularment resulta temptador comparar les actuacions cíviques que portaren a terme Teodor Llorente i Vicent Blasco Ibáñez, els dos més importants prohoms que ha donat a la història del segle XIX valencià, tots dos amb una llarga projecció sobre el XX. I és que, vertaderament, són molts els punts de contacte que ens indueixen a relacionar aquests dos personatges, perquè a més de grans literats, tant Llorente com Blasco exerciren com a abrandats capdavanters polítics i pretigiosos periodistes. I crearen escola –el llorentisme, un; el blasquisme, l'altre– i imponderable bibliografia, és a dir, ideologia. Però aquest fàcil paral·lelisme que hom estableix esdevé amb freqüència ingenu, perquè, en subratllar els punts coincidents i discordants més explícits, n'oculta els més subtils.

Què en pensaven realment, però, un de l'altre? Certament resulta ben difícil dilucidar-ho, i ja em donaré per satisfet si aconseguisc aportar quatre dades aclaridores. Tot sembla indicar que, al costat d'una rivalitat politica real i manifesta, i en alguns moments crispada, també existia entre Teodor Llorente i Blasco Ibáñez una recíproca admiració respectuosa i fins a cert punt diplomàtica que els personatges canalitzaven, sobretot, per la vessant literària, i que molt possiblement afavoria la diferència generacional que els separava. O, almenys, això és el que es pot afirmar per la banda de Llorente. El 10 de març de 1895 en Teodor escrivia i publicava en la portada del seu periòdic, *Las Provincias. Diario de Valencia*, una extensa ressenya bibliogràfica titulada "Blasco Ibáñez, novelista" en la qual comentava, principalment, la novel·la de *Arroz y tartana*. A més de les al·lusions pròpiament literàries, el director del diari en feia d'altres que pot ser convé ara rescatar.

Així, després d'asseverar que es trobava davant d'un "novelista de veras", tampoc no vacil·lava a qualificar Blasco –això sí, indirectament; posant els adjectius en boca d'un lector fictici de *Las Provincias* (i en l'exercici d'una maniobra que, al meu parer, justificava davant de la clientela del diari la inclusió de la ressenya)–, qualificava Blasco, deia, de "fogoso federal", "tribuno populachero", "periodista agresivo" i "agitador de masas inconscientes". I es lamentava que,

aquell qui havia estat "dotado con el sentimiento exquisito del arte, con la percepción intuitiva de la belleza", balafiara els seus esforços en una lluita tan nefasta. Alhora, cal afirmar que en Teodor s'interessava vivament per la trajectòria de l'escriptor de novel·les, i que la lloava amb tota mena de profusió i simpatia: "La pluma de Boix y de Pizcueta la ha recogido Vicente Blasco Ibáñez, escritor joven y brioso, de imaginación ardiente y espontánea factura". Per a Llorente, Blasco Ibáñez, venia a omplir, en castellà, el buit que patien les lletres valencianes: "Cataluña no ha tenido buenas novelas hasta que las ha escrito en catalán. No nos atrevemos nosotros a escribirlas en valenciano: pero tampoco en castellano", havia sentenciat en els anys en què Blasco Ibáñez començava la seua singladura literària. Llorente, que hauria vist amb bons ulls que Blasco escriguera els seus excel·lents "quadres de costums" en valencià, era incapaç, però, de reprotxar-li-ho, entre altres coses –sense dubte– perqué Llorente també es movia ben a gust per la literatura castellana, i era incapaç de fer-ho, fins i tot sabent que comptava amb el respecte i la gratitud –també literaries– de Blasco, que havia practicat uns timids inicis renaixencistes, i que en editar el llibre *Cuentos valencianos*, el dedicava a Llorente amb les següents paraules: "Estos cuentos, que inspiró el amor a la tierra valenciana, están dedicados al poeta Teodoro Llorente, mi adversario en creencias, mi maestro en el arte". Però tot això també formava part de l'esquizofrènia lingüística del director de *Las Provincias*. El que resulta evident és que entre tots dos hòmens hi havia una mena de relació amor-odi mediatitzada pel respecte i la diplomàcia que es deuen dos personatges públics de primera magnitud.

A la publicació, precisament, de *Cuentos valencianos* l'any següent, 1896, Llorente tornava a fer-se'n ressò a *Las Provincias*. En la ressenya es repetien les mateixes dèries llorentines envers Blasco, el seu "cariñoso adversario"; la censura per l'actitud política i la lloança per la literària. De manera que, després d'advertir que el llibre havia estat "concluido en la cárcel", començava per afirmar que "estamos tentados a decir que casi nos alegraríamos de esta reclusión, si diera por resultado tranquilizar su espíritu, perturbado por las pasiones políticas, e inclinarlo a la producción literaria, para la cual tiene nuestro cariñoso adversario tan felices dotes". I en començar a parlar del nou llibre consignava que "es una colección de cuentos, verdaderamente valencianos, no por la lengua, pues está escritos en castellano, sino por el asunto, porque todos reproducen tipos y costumbres de nuestro pueblo".

Teodor Llorente, no cal dir-ho, admirava i exalçava el Blasco Ibáñez "novelista" a la vegada que combatia el "polític". I totes dues coses les feia amb vehemència, amb rotunditat, però amb respecte, prudència i desimboltura. I per això el 1895 li augurava un futur literari ple d'èxits i grans obres, "si no contrarían tan buenos propósitos –pero– esas malhadadas empresas políticas, no exentas de peligros en las que por su mal anda metido". Amb això, amb tot, i deixant de banda les respectives ideologies polítiques (conservadorisme / republicanisme), cal dir que Llorente tenia motius a manta per censurar l'estratègia política i social de Blasco, perquè xocava de front contra la filosofia llorentina, que era conciliadora i integrativa. Blasco Ibáñez, per contra, es forjà un enemic públic, i potencià l'anticlericalisme per tal de justificar i acréixer la seua causa. En 1899, durant una visita al poble de Sueca, Blasco fou víctima dels insults, les ires d´un grup de devots que l´increparen als crits de "¡Muera Blasco Ibáñez!" i "¡Viva el Corazón de Jesús!". *Las Provincias*, en comentar l'altercat, el 23 d'octubre sentenciava: "Como nosotros no somos partidarios de esta clase de manifestaciones (...), deploramos que las pasiones políticas den ocasión a tales escenas, aun tratándose de quien está tan lejos de nuestras ideas, y tan en oposición con nuestro modo de ser, como lo está el director de *El Pueblo*. Pero bueno fuera que no hirieran el sentimiento religioso del país de un modo tan violento los que quieran ser respetados en la exposición y propaganda de sus ideas."

Per a la cultura valenciana, a banda de les preferències lingüístiques de casdascun dels escriptors, les diferències les han marcades, ben notòriament els hereus de les respectives tradicions; el llorentinistes i els blasquistes. Llorente i la seua obra han estat exalçats i reivindicats –fructífers– pels valencianistes de la major part del segle XX, i de manera quasibé profetica durant el període de postguerra, encara que actualment es vegen en gran part sumits en una mena d'absurda defenestració. El blasquisme, per contra, ha donat peu a una opció cultural i política molt concreta que ha trobat en l'espanyolisme l'estendard, i en l´anticatalanisme més furi-

bund el cavall de batalla. És en aquests moments que comptem amb la possibilitat –i el privilegi– de revisar amb justícia i sense apassionament l'obra de tots dos personatges, com fa poc ha advertit tan assenyadament en Pedro Ruiz, magnífic rector de la Universitat de València. Esperem que la societat valenciana sàpia aprofitar l'avinentesa i no deixe que la història li marque un altre gol. Amb tota probabilitat, Teodor Llorente es sentiria satisfet de celebrar en aquest 1998 l'Any Blasco Ibáñez, com de fet ho estan molts valencians conscients. I fins i tot crec que, vistes les evolucions personals de cadascun dels patriarques i en el supòsit que tots dos autors encara visqueren i escrigueren, Llorente hui ja es veuria amb cor d'exigir a Blasco que redactara les novel·les en la dolça llengua dels seus avis. Cosa que, dissortadament, no sé si estarien disposats a fer bona part d'aquests mateixos valencians que el reivindiquen.

Posdata, suplemento de *Levante-EMV*, 27 de marzo de 1998

Vicente Sánchez-Biosca

GRANDESA I MISÈRIA DE BLASCO IBÁÑEZ

No van ser, els grans novel·listes, els vertaders renovadors de la narració a finals del segle XIX i començaments del XX, els qui sentiren més interés pel cinematògraf. Aqueixa maquineta de projectar imatges en moviment, deixà més bé freds els Proust, Kafka, Musil, Joyce. Açò no té res d'insòlit, ja que tampoc els grans pintors ni els artistes plàstics dels primers anys del segle van perdre en general el somni davant la nova diversió que feia furor a les ciutats. En realitat, als ulls de la majoria d'intel·lectuals de pro, formats en una tradició de segles, ja l'acceptaren amb submissió, ja el rebutjaren virulentament, el cinema no era una altra cosa que un espectacle dirigit al consum de masses incultes, atracció de fira i, a tot estirar, curiositat de científics i d'inventors.

Fascinadors per a la gent del carrer, els recursos del cinema tardaren fins i tot a inspirar als esperits de l'avantguarda artística, per bé que tots els indicis profetitzaren una convergència feliç. Les visites animades continuaven el món dels panorames del segle XIX, els artefactes de muntatge alternat, els primers plans o la mobilitat progressiva de les càmeres pesants sorprengueren en realitat narradors menys importants, però, això sí, atents a les coses modernes, ànimes inquietes de la literatura i la ciència, viatgers impenitents o audaços pioners dels negocis d'espectacles. Fins i tot aqueix home mitic que va ser per al cinema David Wark Griffith, el nom del qual s'escriu avui amb lletres d'or, no passaria probablement de ser un director de teatre mediocre i, de segur, un escriptor de melodrames força convencionals. La subtilesa de la seua imaginació visual va donar, en canvi, el millor a la pantalla. Dir que el cinema va interessar don Vicente Blasco Ibáñez des de molt enjorn i que després el va apassionar és reconéixer, alhora, la sensibilitat de l'home davant del temps que li tocà viure, la seua rotunda modernitat, el seu coneixement de les expectatives i passions d'un públic de cultura mitjana, però també implica admetre les limitacions de la seua qualitat i la seua significació com a escriptor, de la seua, diguem-ne, tècnica novel·lística i de les seues aptituds per a renovar la novel·la.

Blasco va copiar d'aquest primer cinema algunes tècniques de visió accelerada, però més tard va anar enriquint la seua concepció d'aquest i incorporà temes i motius vinguts de la pantalla, així com una varietat de recursos que avui anomenariem de muntatge. Més tard, en assistir a l'adaptació d'algunes de les seues ja famoses novel·les, a partir del 1914, es va decidir a intervenir directament en el mitjà, i ho va fer sota la vestimenta de quasi tots els oficis que el cinema coneixia: com a guionista, productor i fins i tot com a director.

La seua identificació amb el cinema va ser tal que, després d'emprendre treballs a Espanya i a França, va ser temptat, i afortunadament hi va sucumbir, davant de la més gran de les indústries d'espectacle d'aqueixos anys –el gegantesc Hollywood– el qual, el 1919 i sota el nom de la Metro, va comprar els drets per a adaptar *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Hi van seguir els anys posteriors *Sangre y arena*, *Mare nostrum* i d'almes. El cert és que Blasco va acabar participant de pròpia mà en les tasques d'adaptació i escriptura de guions per a Hollywood, alguns dels quals foren immortalitzats per l'arrasador llatí Rodolfo Valentino. (*Argentine love*, 1924, i *La encantadora Circe*, 1925). Qualsevol que foren els frecs i els fracassos en la seua relació amb Hollywood

(quin escriptor, guionista, director o actor no acabà tenint-ne?), Blasco triomfà abans de la seua entrada personal en el mitjà a través dels arguments de les seues novel·les, durant la seua vida activa i també després de la seua mort el 1928, ja que les adaptacions de les seues novel·les no pararen de créixer en plena era del sonor.

El fet és que Blasco va albirar des de molt prompte la rendibilitat i les possibilitats del nou mitjà d'expressió. Atent a la seua època, no li va passar per alt que el cinematògraf, hereu d'una tradició narrativa menor, fortament lligada a fórmules efectistes de la literatura popular (melodrama de finals de segle, fulletons i serials, novel·la victoriana) havia de transformar per sempre, per a les coses bones i per a les dolentes, la forma de contar històries i, més encara, que convenia apuntar-se a la depuració de mitjans, la celeritat d'estil i el ritme frenètic que aquell exigia. És just confessar que, en aquest punt, don Vicente no ho tingué massa difícil. Simplement hagué de donar mostres del seu inestimable bon olfacte i la seua audàcia d'emprenedor. Des d'aquesta perpectiva, més que no els detalls del seu treball al cinema, em pareix digna de subratllar la sintonia profunda (estic temptat de dir màgica) que es va produir entre Blasco Ibáñez i aquest mitjà en expansió, com demostra molt en particular la conquesta (relativa) de l'emblema del cinema narratiu (Hollywood) per part de l'autor. Alguna cosa del seu to *kitsch*, del seu popularisme o folklorisme, del seu tipisme i del seu arsenal simbòlic un tant atrotinat per evident, no és alié aquest corrent elèctric que el va connectar al nou mitjà d'expressió. No se sorprenguen, ni menys encara s'ofenguen els incondicionals; d'aqueixa mateixa imatgeria viscosa, va eixir un monument fascinador com va ser Hollywood, infestat d'hipersentimentalismes carrinclons i artefactes narratius que farien enrogir el més despistat dels grans escriptors del XIX, caracteritzacions de personatges que se separen poc dels nostres culebrons d'avui. Blasco, potser, va trobar al cinema un banc de proves i un model ideal "d'imaginació narrativa". El que no pogué assolir en densitat psicològica, novel·la de pensament o en revolució d'un llenguatge narratiu modern, potser ho va aconseguir amb escreix en la seua capacitat de plasmació visual d'accions i de passions directes. I en aqueixa operació, el cinema hi era a prop. Blasco no va faltar a la cita, sinó que la va provocar, la va contar i va sembrar un futur que no tindria ja temps de conéixer.

Així doncs, quan l'art periodistico-polític de les presentacions i els festejos culturals celebre els pròxims mesos la gloriosa trobada d'un dels majors tòtems de les lletres valencianes (ara misteriosament protegit pels qui l'haurien cremat uns anys abans) i un art nou, radiant, el setè art, m'alegraria que algú observara l'escena des d'un altre angle, menys fastuós, certament, però no menys instructiu; i que veiera la sintonia (potser la més important que es va produir a Espanya), entre l'agudesa visual un tant estereotipada d'un novel·lista limitat i un mitjà de comunicació popular encara en vies de ser apreciat pels homes i les dones d'alta cultura, però que hauria d'imposar-se contundentment d'ací a poc de temps. Els anys compresos entre 1914 i 1928, és a dir, entre el començament i el zènit d'aquesta història paral·lela entre la biografia de Blasco al món del cinema i la imposició d'aquest últim con un fet inqüestionable, mereixen un estudi detallat, dut a terme amb la paciència, la minuciositat i la modèstia pròpies de l'investigador. Afortunadament, ara disposem, gràcies a la Filmoteca Valenciana, de còpies restaurades de moltes de les seues pel·lícules, i molts del seus guions o de les seues novel·lacions veuran prompte la llum editorial, per a enriquir el coneixement de l'obra literària de què ja disposavem. Per a fer tot açò possible, serà menester que els rituals totèmics s'apaguen, que els materials parlen per si mateixos i que els mestres de cerimònies que avui canten les glòries d'aquest Blasco Ibáñez cineasta es retiren a les seues llars en busca de figures més profitoses per rescatar. Ah! I que els polítics vagen a inagurar uns altres pantans, que al capdavall, per a això els paguen.

Quadern, suplemento de *El País,*
17 de septiembre de 1998